

Los cosmopolitas de Turquía

LOS COSMOPOLITAS

DE TURQUIA

Esta gente que, hace seis años, aparecióme, en este mismo barco, en estos mismos mares, como la más heterogénea colección de seres pintorescos, hoy está desconocida. Ya no hay ni trajes suntuosos, ni turbantes blancos, ni túnicas negras, ni feces rojos. Hombres y mujeres están vestidos conforme á los últimos figurines de París. Y esto no es todo. ¡Qué digo! Esto no es nada. Lo que es mucho, es la cultura enteramente parisiense de que todos ellos hacen gala sin el menor esfuerzo. Á primera vista, se diría una sociedad francesa. Es necesario fijarse en sus perfiles de medallas fenicias, es preciso ver sus ojos negros en los cuales las melancolías y las esperanzas vienen asomadas á las pupilas, para descubrir su origen oriental. Pero fuera de los rasgos levantinos del rostro, nada es de ellos asiático. Como por encanto, en el espacio de pocos años, turcos, armenios, albaneses, árabes

y egipcios, han cambiado su modo exterior de ser de una manera radical y deliciosa.

— Aquel caballero de cabeza cana — me dice un médico que viene en el barco — es un banquero del Cairo, y las dos señoras vestidas de negro que están á su lado, son hijas suyas.

— ¿Y aquel joven pálido, que parecería tener veinte años si no estuviera calvo?

— Es un funcionario turco de alta categoría, un delegado del Comité de Unión y Progreso. Ahora viene de Atenas y va á Bagdad por Alep. Es uno de los que hicieron la Constitución, y si no me equivoco, es griego.

— ¿Y el otro, el que habla tan despacio?

— Ese es un armenio amigo de Clemenceau y de Barrés, un revolucionario de ayer, un gran burgués de hoy. Su mujer, la linda dama que se ha dormido leyendo, es egipcia, hija de un armador de Port-Said. Á bordo viene un oficial turco de ilustre familia, que está enamorado silenciosamente de ella, y que la sigue á través del mundo sin dirigirla nunca la palabra. La gente conoce esta historia y la comenta sin ironía.

— Pero, y el marido, ¿qué piensa de tal amor?

— ¡Quién sabrá jamás lo que piensa un armenio! Vea usted ese grupo de jóvenes que comenta con animación un detalle del mapa en que se marcan las millas andadas; todos son armenios, todos son revolucionarios, todos han estado en la cárcel, todos han sufrido en sus bienes y en sus

familias durante las matanzas turcas, y, sin embargo, todos viven en Constantinopla en una perfecta armonía con la gente del gobierno. Vaya usted á adivinar lo que hay en sus almas! Desde que existe una Constitución, las razas parecen reconciliadas. Oiga usted hablar á un griego de un armenio, á un turco de un albanés, á un macedonio de un búlgaro, y notará que, en el fondo, el odio existe siempre. Ahora mismo, vea usted cómo se aleja aquella señorita tan esbelta de aquel caballero tan bien peinado. Ella es hija de un bajá de Andrinópolis, de pura raza otomana, mientras él, aunque nacido también en Andrinópolis, es de raza bizantina y cristiana.

— ¿Y aquella familia?

— El padre es árabe, de Damasco, y la madre es de Jerusalén ó de Bayrut, de abolengo sirio de lo más puro. En cuanto á las hijas, se dicen parisienses porque han sido educadas por las Hermanas francesas de los conventos de Oriente. De vez en cuando, la mamá las dirige la palabra en su lengua natal, y ellas, medio indignadas, medio espantadas, le contestan en francés, diciéndola que no comprenden. Y, en realidad, no comprenden. ¡Hay tantas señoritas en el mismo caso! Hablar turco, las da vergüenza. Porque la gente de Oriente, con excepción de los griegos, tiene, á pesar de su patriotismo, un poquito de vergüenza de no ser occidental.

Todo esto debe ser cierto. El buen doctor del

barco es un filósofo que lleva veinte años observando la evolución de la cultura turca. Á su mesa se sientan, todos los días, las familias más distinguidas de Levante. Las damas turcas más veladas de rostro, no tienen para él, en los momentos de dolor y de angustia, ningún secreto. Sus cuerpos y sus almas, él las conoce.

— ¿Sabe usted en lo que más ha influido el nuevo modo de pensar? — me dice entre serio é irónico. — Pues en la estética femenina. Hoy ya las orientales no quieren ser gordas como las antiguas hurís de los harenes de Stambul. ¡ Ah, no ! Es necesario ser delgadas, delgadas cual las parisienses de las estampas. Mis colegas que ejercen en Constantinopla, me aseguran que lo primero que sus clientes les piden es una receta para adelgazar. En cuanto á los hombres, desde que abandonaron el fez rojo para adoptar el sombrero inglés, se figuran que no tienen nada que aprender en Europa. Con la inteligencia clarísima de que gozan, han aprendido á hablar francés admirablemente en pocos años. Además, han aprendido mil otras cosas. Y ya usted los ve; en sociedad parecen más ilustrados, más finos, más distinguidos que los « gentlemen » de Londres. Pero rasque usted la superficie, rasque usted...

Sin rascar nada, continuó asistiendo á las tertulias de á bordo en este buque que, por fortuna, no tiene piano. Y cada día me convenzo

más de que apenas hay en el mundo una raza tan fina, tan culta, tan delicada y tan agradable como ésta de Levante. Sin duda, aquí como en los hoteles del Cairo, como en las embajadas de Constantinopla, como en los Casinos de Smirna, no se ve sino la « élite ». Sin duda, bajo este barniz de refinamiento, aún queda la ferocidad del origen asiático. Sin duda, detrás de esta fraternidad se oculta una serie infinita de odios de casta, de religión, de nacionalismo y de fortuna. Pero todo eso no me importa, ó por lo menos, no me importa en este momento. Lo que admiro sin reservas es la « souplesse » con la cual gentes de veinte pueblos distintos han sabido, en muy poco tiempo, hacerse una cultura tan exquisita. Cerrando los ojos, me figuro, al oírles charlar, que no he salido de París. Es el mismo tono, ligero, agradable, lleno de suavidad y de cortesía, de las « causeries » francesas de mejor gusto. Con la facultad asombrosa de asimilación de que disponen, han tomado, al mismo tiempo que el idioma, el acento y el ingenio. ¡ Quién diría que estas veinte personas aquí reunidas y que tan escépticas parecen, son las que ensangrientan á cada momento, con sus odios fanáticos, el suelo del imperio otomano ! Los asuntos más graves, en sus labios gorjeantes, parecen fútiles motivos de amenas paradojas. La patria, la religión, el amor mismo, no los hace sino sonreír. Los griegos conquistados, parecen, en este

sentido, haber hecho la conquista de los turcos, imponiéndoles su frivolidad aparente y su honda cortesía.

El médico que me oye hablar así, se ríe de lo que llama mi inocencia psicológica.

— Mal observador es usted — exclama — si los cree completamente civilizados sólo porque charlan agradablemente. En primer lugar, esta sociedad cosmopolita es, en el vasto imperio del sultán, una minoría muy ínfima. Luego, la mitad de esta gente no se sirve de la cultura europea sino como de una máscara de moda. ¿Quiere usted que le cuente una anécdota divertida?

Y el buen doctor me refirió no una historieta vulgar, sino una triste aventura, que debe ser muy frecuente en esta tierra de orgullo y de fanatismo.

— Hace años — me dijo — conocí á bordo de uno de estos barcos á una dama turca muy bella, muy distinguida y muy elegante. Cada primavera hacía un viaje á Alejandría ó á Atenas, y figuraba en los salones cosmopolitas como una de las más lindas orientales. Su marido, compañero de Amed Riza, era un revolucionario activo, y vivía conspirando contra la tiranía del sultán rojo. Ella, hija de un banquero de Stambul, ostentaba un lujo digno de la más encopetada parisiense. Sus trajes venían de la rue de la Paix. En todos los bailes de Atenas y del Cairo, sus descotes eran célebres ¡Ah, los hombros ebúr-

neos de la linda madama Saira !... ¡ Ah, los brazos de alabastro !... Y los viejos turcos que asistían con sus monteras rojas y sus levitones á las fiestas diplomáticas, dejando á sus esposas en el harén familiar, hacían gestos indignados cada vez que veían á su bella compatriota disputar la palma de la gloria mundana á las más desvergonzadas cristianas. Yo era el único que encontraba todo aquello natural, sin duda porque entonces me dejaba, como usted, engañar por las apariencias de estas reuniones de á bordo. Pero sucedió que un día, en Constantinopla, durante una larga escala, el marido de la bella vino á buscarme con urgencia para que viera á su mujer. Lo primero que me llamó la atención, fué notar que el interior de la casa de aquella dama era idéntico al de todas las turcas, con su división netamente marcada entre las habitaciones del marido, abiertas al primero que llega, y las habitaciones de la esposa, misteriosas y ocultas. Una gran melancolía reinaba en la sala donde la enferma me recibió, vestida de turca, tapada, humilde, medrosa. « ¿ Ha cambiado usted de ideas ? », preguntéla. « No », contestóme con las lágrimas en los ojos. Y luego me explicó que, si fuera de su casa y de su ciudad natal, por convicción, por sistema, su marido la obligaba á parecerse á las damas europeas, en su hogar tenía que vivir como todas las mujeres turcas. Pero esto no es lo peor. El terrible revolucionario

aquél era un gran religioso á la manera oriental, y tenía más supersticiones que un campesino kurdo; de modo que, para poder coordinar sus ideas políticas y su fe, había encontrado un medio, que era el de obligar á su pobre mitad á pagar con grandes penitencias sus terribles descotes. Aquellas penitencias, ordenadas por un imán fanático de Brusa, eran las que estaban matando á su pobre cliente.

El buen médico agregó :

— De una manera general, puede decirse que esta historia es la de todas las damas turcas que quieren parecer europeas. Sus maridos las dejan, por darse aires occidentales, que en los salones de Egipto ó de Europa ostenten una independencia absoluta. Pero en cuanto se encuentran solas con ellas en Turquía, las imponen de nuevo el yugo. En cuanto á las otras mujeres de Oriente que usted ve aquí reunidas, aunque no tienen que sufrir la tiranía de la ley musulmana, tampoco son europeas sino superficialmente. Las mismas griegas viven en una ignorancia absoluta. En los salones de Atenas verá usted que las mujeres se sientan siempre juntas y muy lejos de los hombres. La culpa no es, en el fondo, ni de la religión, ni de la cultura, sino de las pasiones. Un oriental, ya sea armenio, ya sea egipcio, ya sea turco, ya sea griego, no puede tolerar que los demás mortales contemplen libremente á sus mujeres. ¿Quiere usted hacer una apuesta? Pues

bien; acérquese usted á una de estas damas que tan parisienses le parecen, y mírela fijamente durante diez minutos. Ó mucho me equivoco, ó su padre y su marido se despojarán, en el acto de lo que tienen de civilizados, y harán ver que en el fondo no son sino salvajes, para quienes la mujer es una presa que nadie debe disputarles... Vamos, ¿quiere usted hacer la apuesta?

— No — contestéle.

Y es que me sería muy penoso, ahora que me he formado la idea de una sociedad oriental enteramente refinada y escéptica, sin resabios extraordinarios de barbarie y sin feroces fanatismos sociales, verme de pronto obligado á creer, como lo cree mi amigo el médico, que no hay en Oriente sino una careta de cultura, y que detrás de la sonrisa que aquí veo en todos estos rostros morenos, hay una mueca salvaje.

— Estos hombres — le digo — pueden haber conservado sus pasiones celosas y tiránicas, como estas mujeres pueden haber conservado su resignación pasiva. Pero eso no indica que no se hayan civilizado. Porque, en realidad, la civilización, la cultura, el refinamiento, no es sino un barniz suave, un manto sedoso. Aun en París, aun en Roma, aun en Londres, en cualquier emporio de exquisita sociabilidad, el individuo conserva siempre, bajo su cubierta de civilizado, un ser primitivo que vibra como una fiera.

Las grandes pasiones hacen, á veces, salir á

esas fieras de sus cavernas de cortesía y de escepticismo. Y, sin embargo, nadie dice que la civilización europea no sea sino una careta. Los orientales, tales cual hoy los veo, amables, gorjeantes, delicadamente hipócritas, superiormente instruidos, tienen ya todo lo que se necesita para constituir una sociedad muy moderna y muy europea.

— Y muy artificial — termina mi amigo.

Á bordo del *Niger*, el 21 de Octubre 1911.

El odio de los Turcos contra los Griegos

EL ODIO DE LOS TURCOS CONTRA LOS GRIEGOS

Nuestros amigos los jóvenes turcos del Comité Unión y Progreso, que habían jurado morir antes que perder un nuevo jirón del imperio, no han hecho realmente nada por luchar contra Italia; pero en cambio, desde hace un mes, emplazan cañones en nuestra frontera y amenazan nuestro prestigio. — X. Pappadias.

Los europeos, que oyen hablar desde hace tiempo de movilizaciones de fuerzas turcas en la frontera de Tesalia, se preguntan, algo perplejos, cuáles pueden ser, en estos momentos en que Atenas parece tan deseosa de paz, las razones de la Sublime Puerta en su actitud amenazadora. Y no encontrando respuesta mejor y más perentoria, exclaman :

— ¡Es por Creta!

Pero, en realidad, no es por eso. Los otomanos saben que el problema cretense es un problema europeo que sólo las grandes potencias pueden resolver, sin que para ello pesen mucho las ambiciones helénicas ni las irritaciones turcas. Tampoco en el conflicto perpetuo de Macedonia pue-

den las armas turcas nada cuando amenazan á Grecia. « Esa es una cuestión europea », dice el rey Jorge. Pero lo que no es una cuestión europea, sino oriental, lo que representa en el espíritu de todos los pueblos del Levante un peligro de muerte, es la lenta, la continua, la tranquila expansión helénica en las tierras del antiguo imperio bizantino. Porque no hay duda de que cada día los griegos ganan una batalla en la gran lucha sin armas por la hegemonía de Oriente. Desde Egipto hasta Bulgaria, el griego domina con su habilidad, con su inteligencia, con su riqueza. Los Bancos son griegos. Las tiendas son griegas. Los hoteles son griegos. Los buques costeros son griegos. Y, lo que es más importante, ó por lo menos más transcendental, las escuelas en las cuales los niños otomanos aprender á leer, son también griegas.

Ahora bien, es contra todo esto contra lo que movilizan los grandes señores de Constantinopla, cada vez que las circunstancias se prestan á un movimiento de tropas.

¿Me decís que es absurda semejante conducta, puesto que nada puede un Cuerpo de ejército en Tesalia contra las dispersas fuerzas pacíficas del helenismo? No lo creen así los Jóvenes Turcos, que desde que disponen del poder apenas descansan en su política de amenazas contra Grecia.

« Mientras más democrático sea nuestro régi-

men — dice un escritor de Constantinopla — más grande será el deseo del gobierno de humillar á Grecia. » Y esto que parece mentira, cuando se piensa que el helenismo representa en todo el Oriente la cultura liberal, se explica al ver que los otomanos, como los armenios, como los árabes, como los albaneses, como los judíos, se ven, en todos los terrenos de la actividad, suplantados por los griegos. La antigua frase de los compañeros de Capo d'Istria, que reza : « Todo el Oriente será de nuevo bizantino », y que tanto hacía reír á principios del siglo XIX, va convirtiéndose en una realidad. Este mismo año, en un informe diplomático, un ministro residente en una ciudad balcánica decía :

« Desde hace mucho tiempo circula un libro, guía del helenismo, que se encuentra en todas las ciudades orientales, y que está considerado como el anuario de la raza. Dividido en dos partes, una francesa y otra griega, este anuario se halla en todos los cafés, hoteles, tiendas, buques y escuelas. La parte francesa no contiene sino datos estadísticos sobre el desarrollo del comercio helénico. En cambio, la parte griega está llena de alusiones al futuro triunfo del helenismo que, un día ú otro, conquistará el imperio entero, con Constantinopla como capital. »

Estas palabras, á las cuales los periódicos europeos les han dado una gran importancia por haber sido escritas por un diplomático, ya todos

los que han escrito sobre Atenas las habían antes pronunciado. Porque no hay, realmente, medio de pasar un par de semanas al pie del Acrópolis, sin notar que, desde el más ilustre hasta el más humilde de los súbditos del rey Jorge, todos están convencidos de que el día de la reconstrucción del gran edificio bizantino se acerca. Yo mismo creo haber recordado, hace cuatro años, cuando vine por primera vez á Atenas, la historia de la última misa de Santa Sofía. Según la tradición popular, el día en que los turcos entraron triunfantes en Bizancio, lo primero que hicieron fué profanar la santa catedral del imperio. Una horda ebria de sangre penetró en el templo, encabezada por un bajá, en el momento mismo en que el patriarca comenzaba á celebrar la misa. « ¡Á muerte! ¡Á muerte! », vociferaron todos los invasores. Y el bajá, en persona, acercóse al altar dispuesto á dar un formidable tajo en la cabeza del sacerdote. Pero, por un milagro, en aquel mismo instante un muro se entreabrió, y por la grieta desapareció el patriarca, murmurando: « Ya volveré á continuar la misa cuando los infieles hayan sido barridos de nuestra santa ciudad ».

Y la gente, en Atenas como en Smirna, en Alejandría como en la Canea, en Patrás como en Samos, toda la gente de todo el imperio griego, en una palabra, espera, con una paciencia digna de Ulises, el regreso del patriarca.

Esto, los viejos turcos, engreídos y soberbios, parecían no notar lo siquiera. Pero los jóvenes turcos lo ven, y lo ven con malos ojos.

— Usted sabe — decíame en París, hace poco tiempo, un discípulo de Amed Riza — que una de las cosas que los alemanes no le perdonan á Francia es que continúe considerando el aniversario de la batalla de Sedán como un día de tristeza nacional. Ahora bien, usted que vive aquí, de seguro no ha notado nunca manifestaciones exteriores de duelo patriótico ese día. Los griegos, en cambio, no sólo consideran como un día de luto el aniversario de la pérdida de Constantinopla, sino que han hecho del martes, día en que esa pérdida se efectuó, el día nefasto. En Turquía misma, los helenos declaran en alta voz que el martes es día de duelo, y que lo será siempre hasta que Bizancio renazca de sus cenizas. ¿Cómo quiere usted que les perdonemos esto?...

En realidad, no es sólo esto lo que los otomanos no pueden perdonar á los helenos, sino todas las manifestaciones de su patriotismo activo y heroico, que no se traduce en actos de platónica protesta contra los vencedores, sino que prepara, pausada y prácticamente, la « revancha ». ¡ Ah, y esta revancha no es como la que meditan los franceses, no ! Los helenos, sintiéndose incapaces de luchar en los campos de batalla contra sus adversarios, que son muy superiores en

número, han renunciado, después de la ruda lección de Domokos, á toda tentativa militar. Que los búlgaros se midan, si quieren, consus hermanos los otomanos. Que los montenegrinos empleen sus energías de montañeses indómitos defendiendo su dignidad amenazada. Que los albaneses hagan una guerra sin perdón á los enemigos de su raza. En cuanto á los griegos, hijos de Ulises más que de Aquiles, prefieren luchar con las armas de la paz y de la paciencia. Su virtud más antigua y más constante es la «sagesse», la «prudencia», la «habilidad», mejor dicho. Con prudencia lograron la independencia del actual territorio de su reino, hace un siglo. Con prudencia han llegado á adquirir la libertad de Creta y de Samos. Con prudencia obtendrán, poco á poco, sin tragedias, sin gritos, sin sangre, el dominio material de todas las islas del archipiélago.

Pero esto no es todo. El patriotismo helénico, como lo ha hecho observar Louis Bertrand, no es de «suelo», sino de «raza». Que una gran parte de la Tierra sagrada esté aún en poder del turco odiado, lo aceptan sin dificultad, ó por lo menos, sin impaciencia. Pero lo que no aceptan es que la raza deje de dominar en todo Oriente. Y por eso, dispersándose en el Asia Menor, sin apoyo oficial, sin diplomacia que los sostenga, sin más armas que su inteligencia y su actividad, sin más defensa que su energía, no pierden un día,

ni una hora, ni un minuto en su constante labor de conquistista.

Los Jóvenes Turcos tuvieron ocasión de notar lo que esta labor representa, cuando al iniciarse las primeras elecciones parlamentarias, comenzaron á ver que en todas partes el elemento helénico era el que dominaba. «Si no oponemos una barrera á sus ambiciones políticas — dijo entonces el mismo Amed Riza, — nos veremos sumergidos por ellos.» Hábilmente, «ellos» comprendieron que no era aún llegado el momento de entablar la pelea del voto en un país donde todo alarde constitucional tiene que ser vano. Y accediendo á los deseos del Comité poderoso que había hecho la revolución, contentáronse con una honorable minoría en el Parlamento, dejando á los otomanos los sitios más numerosos. Pero esto no bastó, ni podía bastar, para que los odios se calmaran. En la mente de los turcos, es necesario destruir con la fuerza las energías morales del helenismo.

— Hay que ahogarlas en su propia sangre — dijo, hace un año, uno de los oradores de Macedonia.

Esta frase salvaje representa el modo de pensar de todos los turcos. Y por realizar la amenaza contenida en esta frase, la Sublime Puerta, apoyada por todos los elementos políticos del país, amontona en la frontera cañones y fusiles, pensando que, un día ú otro, los impacientes hijos

de Aquiles irán á echarse, exasperados, contra esa barrera de hierro, como lo hiciera hace años. Pero los griegos, por su parte, dejan hacer, dejan gritar, dejan amenazar, y, siempre sonrientes, continúan, como Ulises, usando más de la paciencia que de la cólera, la magnífica odisea de la raza.

Atenas, 23 de Octubre.

Smirna